

## El doctor Gustavo Pittaluga <sup>(1)</sup>

Señoras, señores :

La Facultad de filosofía y letras me ha honrado con la misión de presentar al profesor Gustavo Pittaluga, biólogo y psicólogo, conocido en nuestro mundo científico como investigador eminente, pero tal vez ignorado como filósofo de la ciencia.

El profesor Pittaluga estudió en Italia, su patria, bajo la dirección del sabio Grassi, cuya muerte reciente significa el eclipse de una gran luz para las ciencias médicas. Tuvo como maestros en psicología patológica y en psiquiatría a los profesores De Sanctis y Mingazzini, laureándose cómo médico en 1900, con una notable tesis sobre *Funciones de la hipófisis*. Enviado a España en 1903, para realizar estudios epidemiológicos, actuó en forma brillante en el Congreso de medicina de Madrid, publicando en la revista del Laboratorio de investigaciones biológicas de Cajal, una monografía sobre microfilarias hemáticas, cuyas conclusiones fueron confirmadas por Füllertom y otros investigadores. Jefe de sección en el Instituto de higiene de Madrid, dirigido hasta hace poco por el mismo Cajal, organizó y condujo en 1919 la expedición a Fernando Poo y al Miuri (Africa ecuatorial) para el estudio de la enfermedad del sueño y otras afecciones tropicales.

(1) Discurso pronunciado por el consejero doctor Osvaldo Loudet en la conferencia inaugural del profesor Pittaluga, en la Facultad de filosofía y letras.

Catedrático de la Universidad de Madrid desde 1911, orienta su actividad en el doble sentido del estudio de la epidemiología local de España y de la hematopatología general.

Pero ante todo y sobre todo, el profesor Pittaluga es un maestro de la cultura. No en vano, al lado de Marañón, ha ocupado hasta hace poco la vicepresidencia del Ateneo de Madrid que, al decir de uno de sus miembros más conspicuos, fué en todos los tiempos «una sociedad literaria, una sociedad patriótica, constituida por hombres de estudio, amantes de la libertad política y civil». Nada de lo que es humano podía serle extraño y su tipo de hombre de ciencia es el que retrata admirablemente Ramón y Cajal. «El sabio sincero y de vocación — dice — permanece profundamente humano. Abarca a propios y extraños y se dirige lo mismo a la humanidad actual que a la futura. Gracias a esos singulares talentos, cuya mirada penetra en las sombras del porvenir, y cuya exquisita sensibilidad les fuerza a condolerse de los errores y de los estancamientos de la rutina, es posible la evolución social y científica.» El profesor Pittaluga es hombre de este linaje. Las severas disciplinas del anfiteatro y del laboratorio han contribuido a formar un amplio espíritu clarividente, sereno y hondo, como esos mares cuyas aguas tranquilas disimulan la vida inquieta de sus profundidades. Médico sociólogo, el contacto con el dolor y con la muerte le ha llevado a comprender mejor el sentido de la vida. No ha sido un espectador con la mirada del espíritu inmóvil sobre un punto fijo. Eso hubiéramos limitado el horizonte, cristalizado su vida mental, mutilado su alma. Porque la especialización ilumina y profundiza un solo sector de conocimientos y deja en la penumbra o en la sombra más absoluta, horizontes vecinos que son muchas veces la prolongación luminosa del pequeño punto visible. Además, el alma latina tiene una aptitud específica para la cultura integral y para la visión panorámica de las cosas. La explicación de esta inquietud fecunda, de esta curiosidad inagotable, de esta sed inextinguible, está en su sensibilidad, tan pronta y tan exquisita para todos los estímulos de la vida.

La gente se imagina los sabios como hombres impasibles y fríos

de una blancura y una dureza marmóreas, incapaces como la estatua de agitarse y encenderse en una emoción. No conciben que en ellos las pupilas se dilaten y asombren sino ante el espectáculo del mundo exterior, de la realidad tangible. Gravisimo error. Es el propio universo, el universo que llevamos dentro, el microcosmo de nuestro espíritu, el que ilumina los altos senderos.

Si quisiera expresar en una fórmula sintética el sentido del dinamismo espiritual de los hombres que como Marañón, Hernando, Pi y Suñer, Jiménez de Asúa y Pittaluga, constituyen una aristocracia intelectual de vanguardia de una nueva España, yo recurriría al lema de un gran español, cuyo corazón sienten latir sus conciudadanos a través de los Pirineos, y los resplandores de cuyo espíritu suelen todavía alumbrar las cúspides de esas mismas montañas: he nombrado a Miguel de Unamuno, cuyo lema es «buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad».

He dicho.

OSVALDO LOUBET.